

**L U I S E D U A R D O B O B A D I L L A**

**P A R A A C A L L A R S I L E N C I O S**

**C U A S I P O E M A S**

PRIMERA EDICIÓN:  
1990. Versión corregida (2008)

Levante de texto, diagramación:  
Luis Daniel Bobadilla Restrepo  
Copy Right, 1990, Luis Eduardo Bobadilla Buelvas

Impreso en Colombia, 2014.

**TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS DE AUTOR**

## **A G R A D E C I M I E N T O S:**

Quiere el autor de estas páginas  
hacer públicos sus agradecimientos  
al poeta y escritor Ramiro Ibáñez Garrido,  
quien con sus anotaciones y sugerencias  
contribuyó a que esta obra fuera una realidad.

## **DEDICATORIA :**

A la memoria de mis padres,  
Federico y Fulgencia.

A mis nietos,  
Eliana Paola,  
Luis Daniel,  
Irma Isabel,  
Luisa Fernanda,  
y Luis Hernando.

## PREFACIO

A LUIS EDUARDO BOBADILLA BUELVAS, lo conocí al iniciarse la década de los años cincuenta de la pasada centuria, cuando éramos estudiantes de primaria en nuestra tierra natal, El Carmen de Bolívar. A pesar de estudiar en distintos planteles, nos integramos a través de un grupo de inquietos y desprevenidos jovenzuelos que, impregnados de entusiasmo y en prosecución de nobles ideales, nos interesábamos por intercambiar conocimientos de todo tipo. Desde ese mismo momento capté su profunda vocación poética y conocí los primeros versos de corte romántico, donde afloraban ya bellas imágenes y atrevidas metáforas. Desde ese instante también, empezamos a construir una sólida amistad, amistad esta que, hermanada en el incorruptible espíritu de la poesía, se ha mantenido intacta a través de más de cincuenta años.

“LUCHO” BOBADILLA, como cariñosamente lo llamamos sus amigos, nació siendo poeta, y poeta de amplia cosmovisión, depurada voz y hondo calado humano. Arquetipo de perseverancia y lealtad, de amor por lo propio, de apego a sus mitos y tabúes, que desconfía del futuro y cuestiona el presente, con el mismo entusiasmo impulsivo con que hace caso omiso del tiempo para hurgar en el pasado. Hombre de renovados ímpetus y de reiteradas opiniones encontradas, quien ha hecho de su particular forma de vida, de la poesía y del ejercicio poético una especie de reservado culto y de insólito apostolado, como posibilidad única de salvación válida, de cara a un destino marginal oscuro que apunta hacia el olvido, y al que la mayoría de los mortales por un extraño signo o maldición abstrusa nos vemos abocados.

Luego de concluir nuestros estudios primarios, nos trasladamos a la ciudad de Barranquilla para continuar nuestro periplo educativo por el bachillerato, en el prestigioso Colegio Barranquilla para Varones que regentaba el profesor Javier Sánchez. Allí comenzamos una nueva y fructífera etapa de nuestras vidas, guiados por excelentes profesores que nos enseñaron en profundidad la gramática castellana, la preceptiva literaria y nos adentraron en el maravilloso mundo de los clásicos de la literatura universal, a más de inculcarnos el amor por las letras nacionales.

Pero el reloj del tiempo no se detenía. Era ya, pues, el final de los años cincuenta. Tiempos de grandes transformaciones, de asombrosos inventos y de insólitos descubrimientos tanto científicos como de todo orden. Tiempos de agitación y renovación de las conciencias, de anhelos de libertad, de luchas y confrontaciones. El Existencialismo en su versión moderna y el Nouvelle Vague en el cine, desde sus trincheras francesas conmocionaban el universo espiritual, artístico e intelectual tanto de Europa como de América Latina. Mientras en los Estados Unidos de América florecía, de forma simultánea a lo que acontecía en Francia y paralela a la lucha interna por el reconocimiento de los derechos civiles del negro y a la carrera triunfal de Elvis Presley y de la música rock, el fenómeno del Hippiismo, de los Beatnik y el de la canción protesta, entre cuyas voces descollaba Bob Dylan, en reacción contra la sociedad de consumo, la vida y los valores tradicionales de la sociedad.

Lo anterior hacía propicio el ambiente, para que se iniciara en Gran Bretaña la aventura musical tanto de The Beatles como de The Rolling Stones, quienes con su música de sonidos estridentes (no exenta de un cierto misticismo cautivante), su indumentaria grotesca y sus ademanes funambulescos alcanzarían tal grado de aceptación en los jóvenes de entonces, que su influencia lograría rebasar el ámbito de lo estrictamente musical y artístico.

Fenómenos aquellos y otros más a los que “LUCHO” BOBADILLA y yo, muy jóvenes aún, y aunque en plena vigencia en el país del novedoso experimento del FRENTE NACIONAL, como alternativa de paz ante el horrendo drama de la violencia política desatada con motivo de la muerte de Gaitán, y del furor en la Costa Caribe del “merecumbé”, el “chiquichá” y el “patacumbia”, no podíamos ser ajenos.

De conformidad con lo anterior, generacionalmente LUIS EDUARDO BOBADILLA y yo debimos pertenecer al movimiento NADAISTA, versión o engendro a la criolla de lo que ocurría en otras latitudes, en respuesta a la creciente atmósfera de inconformidad y frustración que respirábamos aquí los jóvenes de entonces. Pues, cuando Gonzalo Arango irrumpe en el panorama de la literatura colombiana, año de 1958, ya el poeta BOBADILLA, y quien estas líneas escribe, estábamos preparados para dar el salto que nos permitiera encontrar nuevos caminos de expresión, para esbozar la propuesta poética que habíamos elaborado y que fundamentalmente encontraba ecos en el ideario nadaísta, especialmente en lo que se refería a una ruptura con las viejas formas que manejaba la poesía colombiana de ese entonces, de corte pos-piedracielista o de un modernismo trasnochado.

No obstante esta concomitancia, existían diferencias de forma que nos distanciaban de esa colectividad, más que todo en lo que tenía que ver con el comportamiento escandaloso e iconoclasta de los seguidores de Gonzalo Arango, así como el uso de sustancias alucinógenas que le quitaban seriedad a su programa estético y literario; abriendo de esa manera una brecha en el grupo, por donde ingresaron personas que nada tenían que ver con la literatura y el arte en general, pero sí con la práctica de laxas costumbres.

Por otra parte, nuestra poesía en ese momento estaba seriamente comprometida con la problemática social latinoamericana. César Vallejo, Nicolás Guillén, Pablo Neruda y Carlos Castro Saavedra, entre otros, nos habían marcado para siempre. Y, aun cuando los temas eternos de la poesía formaban parte de nuestra temática lírica, nuestras voces habían adquirido ya el acento que nos identificaba como poetas preocupados más que todo por el hombre y el entorno social que enmarca su existencia. Fidel Castro Ruz, Ernesto “Che” Guevara, Yasser Arafat, Patrice Lumumba y Martin Luther King, quienes no figuran en ninguna antología poética y a lo mejor nunca escribieron un verso, se erigieron como íconos de nuestra generación, dejando profundas huellas en nuestra formación, aunque sin alterar en nosotros esa profunda aversión a los ismos y a los encasillamientos tribales.

Refiriéndonos ya a este nuevo poemario de BOBADILLA, quinto en el orden de sus libros publicados, y que el autor bautizó con el nombre de “Para Acallar Silencios”, sin abandonar sus viejas convicciones, el bardo retorna al lejano pasado, a su universo vivencial, donde explora todo el acervo de recuerdos familiares, decantados por la nostalgia, y por donde

deambulan expósitos personajes que se resisten a ingresar al desolado mundo del olvido. Las imágenes fantasmales de sus progenitores, hermanos, abuelos, tíos, parientes y amigos, que conforman el círculo existencial del autor, afloran redivivas en cada uno de los poemas que integran este libro, sin omitir sutiles detalles de cada uno de ellos y enriqueciéndolos con el excipiente lírico de su inagotable creatividad.

Aun cuando todas las composiciones que forman parte de este libro son de una exquisita belleza y de una pasmosa simplicidad que muestran al desnudo la delicada sensibilidad del poeta, hay algunos poemas en particular de perfiles antológicos que sorprenden y trascienden a niveles estéticos y emocionales poco alcanzados por la mayoría de los liridos. “Anotaciones para un cuadro de la tía ‘Beata’ ”, que en realidad debería llamarse “Balada de la tía Beatriz”, su verdadero nombre, es sin lugar a dudas un hermoso, conmovedor e histórico poema. Con la delicadeza que lo caracteriza, BOBADILLA aborda este personaje con lujo de detalles, retratando fielmente su voluminosa personalidad que, entre otras cosas, matiza con las galas de sus inagotables recursos líricos.

Lástima grande que la mayoría de los lectores no conozcan los personajes de carne y hueso que habitan este libro, ni el entorno físico, ni el espacio y el tiempo por donde corren los ríos de recuerdos y por donde soplan los enervantes vientos de la nostalgia. De ser así, podrían llegar al conocimiento exacto de la profundidad de este libro y de su ascóndita belleza.

La poesía colombiana, y la del Litoral Caribe en particular, tienen en LUIS EDUARDO BOBADILLA a un incommensurable poeta que ha construido ya una obra que lo hace merecedor de un sitio de honor en el contexto de las letras nacionales. No obstante, el poeta del Carmen de Bolívar, o más exactamente “de Bajogrande”, como él, en una paradójica mezcla de humildad y de orgullo, prefiere se le llame, sigue aumentando el caudal de su producción lírica con una serie de libros inéditos, los que tan pronto salgan a la luz pública, se constituirán en nuevos aportes para la literatura de nuestro país.

Felicitemos al poeta BOBADILLA, quien cada día se consolida más como un extraordinario creador y nos da la oportunidad de recrear nuestro espíritu con la lectura de libros como éste, donde se aglutinan nobles sentimientos y hermosos recuerdos.

**RAMIRO IBAÑEZ GARRIDO**

Barranquilla, abril de 2004

# **DE PUERTAS PARA DENTRO**



**“Tengo miedo que cualquier día  
algún antiguo abuelo de bigotes negros  
me interrogue desde el cielo diciéndome:  
¿quién pagará la deuda, ese saldo que crece?”**

**JUAN GUSTAVO COVO BORDA**

**“Las cosas no son tan tangibles  
ni tan susceptibles de ser habladas  
como nos lo quieren  
hacer creer casi siempre.”**

**RAINER MARIA RILKE**

## CANCION DE OCTUBRE

Octubre era la lluvia.  
Era el chischís en el patio,  
la voz de los aleros,  
el cántaro en receso.  
La mochila en el hombro  
del viejo horcón encorvado.

Era el machete en su vaina,  
el calabazo en la troja,  
el almocafre en el zarzo,  
mañana y tarde en remojo.  
La gotera en el piso,  
ahondando los recuerdos...

Octubre era la lluvia.

Y entre el barro y el frío  
y el croar de las charcas  
y la ahumada techumbre del rancho,  
en la alquería  
octubre era una fiesta!

Con la bruma, la tarde  
sus chumecas mostraba.  
Y ante el vástago que estrena  
como un primer tributo a la vida  
sus pregones al aire,  
octubre era una fiesta!

Bajo el cielo entoldado  
de un octubre que nombran  
las hamacas del rancho,  
con ademán firme y sereno  
de quien ya todo lo sabe  
y recurriendo a los dedos,  
a los ásperos dedos  
de sus manos cerriles,  
mi padre de buen grado nos contaba,  
ante el lúdico asombro  
de que ya éramos cinco.

Mientras mi madre a la gachapanda  
(frente a los estallidos  
de envanecimiento del padre  
y ante el tropel de los pájaros  
que se asomaban como niños),  
desde un rincón de su cuarto  
y con los ojos amusgados,  
a todos nos miraba con dulzura...

Octubre era la lluvia.  
Octubre era una fiesta!

## EN FAMILIA

Para que mis hijos,  
así como los hijos de mis hijos  
(los que a la postre  
no sabrán de estos intrínquilis),  
no cayeran nunca,  
nunca,  
en la parafernalia  
de los dones supuestos,  
de las falsas apariencias  
o de los fatuos valores herenciales,  
o, simplemente, para divertirme un poco;  
a mis hijos, repito,  
les he trazado este cuadro  
-valioso únicamente por lo cierto-  
sobre los componentes  
de una vieja fotografía familiar...

En la fila de atrás,  
el de la extrema izquierda en la foto,  
ese era Juan. El primogénito.

Juan Federico, como el padre.

Juan Federico  
sonreía a menudo  
para ocultar su mal carácter.  
Era díscolo, solitario, inconstante,  
aburrido y malgeniado,  
como augurando una catástrofe.

Cuentan los que le trataron,  
los que a la fija debieron no ser muchos,  
que exhibía a todas luces  
un asombroso parecido  
con un tío,  
un viejo-tío-ogro de mi madre,  
famoso por lo mismo...

La de la extrema derecha,  
sobre la misma fila, he aquí a Sofía.  
Lorenza Sofía, por lo del santo.  
Y por lo de la bisabuela.

Bajita. Gordiflona.  
La “Vieja Chofa”, como todos le llamábamos.

Aunque la incertidumbre era su aliada,  
cosa que la obligaba a dudar un poco,  
a Sofía se le notaba la bondad a leguas.

Sofía, era la viva estampa de mi madre.  
Pero sufría de un mal irreversible:  
La bondad, así como la afabilidad,  
se le subían a la cabeza...

Las del centro, sobre la misma fila,  
respondían a los nombres de Ana Victoria y Esther.

Ana Victoria, la más sufrida de todos.  
Era vistosa. Tenía porte. Bien plantada.  
Dulce. Callada. Resignada.  
Morena como el grito de un ancestro gitano.

Ana Victoria  
no tenía quién le compitiera en incuria.  
Era echada. Como abandonada de sí misma.  
Distraída. Ensimismada.  
Aficionada desde muy joven  
a los credos ocultos y a la parasicología.  
Pero, aun así,  
jamás dejó de ser feliz, la pobre...

Esther, Gregoria Esther,  
que era su nombre de pila  
como tributo a la abuela,  
fue, tal vez, la más sencilla de todos.

Tenía un poco de Juan,  
un poco de Ana  
y un poco de Sofía. El resto era ella misma.  
No creyó más que en su dios católico  
y en la supuesta fidelidad de su marido...

Pero, observad:  
En la primera fila,  
a la izquierda, junto al padre,  
he aquí a mi madre.

Por su apariencia,  
cuando joven

mi madre debió de ser muy bella.  
Se llamaba Fulgencia,  
nombre este  
que los viejos brutos de entonces  
no sabían pronunciar.  
Por eso le llamaban Uba;  
de Ubadel, naturalmente.

Mi madre,  
como todas las madres del mundo,  
no tenía defectos. O, por lo menos,  
nos los sabía ocultar.  
Sus virtudes, que eran muchas,  
no cabrían en estas líneas...

A la derecha, junto a mi madre,  
de sombrero,  
como para disimular la calva;  
botón al cuello,  
magro de cuerpo  
y de aspecto un tanto cimarrón,  
ese era él, mi padre, Federico Santiago.

A mi padre se le dio por fumarse  
de punta a punta,  
porque era un fumador empedernido,  
en sus muchas andanzas  
por trochas, veredas y caminos  
y por la única calle de la aldea;  
a mi padre se le dio por fumarse, repito,

una bondad muy suya, cual más grande,  
a prueba de aborrecimientos.

Atrapado en las redes  
de un universo apacible y rural,  
donde los días transcurrían  
como si nada pasara,  
como si ayer fuera hoy  
y hoy ayer y mañana:  
sin nada por resolver,  
sin preguntas ni respuestas,  
mi padre se fue hundiendo en el marasmo  
de un mundo sin afanes.

Vivía como ausente.  
Amaba el canto de los pájaros

y los atardeceres.  
Debió ser poeta y no lo supo,  
pues sostenía,  
con regular frecuencia  
y con interlocutores imaginarios,  
o quién sabe con qué diablos,  
diálogos interminables  
que le dañaban su habitual buen genio.

Aparte de nosotros,  
mi padre no hizo casi nada.  
Se la pasó todo el tiempo,  
tras los bostezos del rancho  
y los agites de la madre,  
paseando el nombre de caballero de nada,  
así como rememorando las viejas gestas

del enigmático Federico, su padre,  
el quijotesco y legendario abuelo guerrero...

Ah...,  
y ese que veis ahí,  
sobre las rodillas de mi padre,  
con cara de monigote,  
ajeno a la solemnidad  
de la que hacía gala el grupo,  
sin zapatos  
y como disfrazado de marinerito  
(entre aromados campos y empinados cerros  
y sin imaginarse el mar siquiera),  
ese era yo,  
de quien no me aventuraré  
a emitir concepto alguno.

Pues,  
para decirlo a voces,  
la verdad es que yo,  
sin pretender hacerle eco a mi padre,  
me la he pasado también  
buscándome por estos andurriales,  
sin que hasta la fecha  
me haya sido dado encontrarme.

A lo mejor, yo los resuma a todos...!

## LA CASA DE MIS PADRES

Mi casa,  
la casa de mis padres,  
era la casa de los pájaros.

Desde tempranas horas,  
mucho antes que el Sol dorara  
la cresta de los montes  
y el gallo empezara  
a corretear a las gallinas;  
hasta el anochecer,  
cuando la Luna  
entraba en franca competencia  
de luz con las estrellas,  
mi casa,  
la casa de mis padres,  
era una jaula enorme  
poblada de chiflidos y gorjeos.

Pájaros  
dentro del ámbito de la sala,  
sobre los pisos de tierra,  
sobre la mesa de escribir del padre,  
encima del tinajero,  
en la repisa de poner los vasos,  
sobre los quicios de las puertas.

Pájaros  
dentro del dormitorio,  
sobre los largueros de las camas de viento,  
encima de las hamacas enrolladas  
que pendían de los horcones,  
en los vientos del techado,  
en las tirantas de la casa,  
sobre las hojas entreabiertas de las ventanas,  
detrás de la puerta falsa.

Pájaros  
alrededor de la cocina,  
sobre la troja de poner los platos,  
encima del pilón,  
entre los cernidores y balayes,



sobre el caedizo que servía de lavadero,  
encima de la batea de ceiba  
para despercudir la ropa,  
frente al fogón de tres piedras.

Pájaros  
junto a la puerta de entrada,  
sobre el pretil,  
encima de la cerca de palitos,  
sobre el portillo  
de alambre de púas  
para el acceso de los animales.

Pájaros  
sobre el techo de palma,  
en los aleros,  
encima de los naranjos, totumos y guanábanos.

Pájaros  
encima del techo de la letrina,  
sobre los tinajones del agua,  
encima del moyo de la lejía,  
entre las matas de oréganos y salvias,  
sobre la cuerda de bejuco malibú  
para secar al Sol los trapos.

Pájaros  
entre el afrecho remojado de los animales,  
encima del lomo de los cerdos,  
en el lugar del patio donde se cernía el maíz,  
entre la algarabía de los pavos y gallinas,  
en medio del revuelo de las palomas caseras...

Pájaros y más pájaros.  
Silbidos y más silbidos.  
La casa toda  
era una orquesta...!

Toches,  
sangretoros  
y chirríos.  
Picogordos,  
mochuelos

y canarios.  
Chupahuevos,  
tierrelitas  
y azulejos.  
Montañeros,  
torbellinos  
y caribes.  
Congos,  
maicubas  
y rosaviejas.  
Papayeros,  
garrocheros  
y fifies.  
Codornices,  
torcazas  
y carracucheros.  
Yolofos,  
calandrias  
y colibríes.  
Loros,  
pericos  
y cotorras.  
Cocineras,  
charanes  
y tuceros.  
Picodeagujas,  
diostedeses  
y yacaboes.  
Búhos,  
lechuzas  
y garrapateros.  
Chuchafrías,  
carpinteros  
y gavilanes.  
Chelecas,  
oropéndolas  
y papagayos.  
Guacharacas,  
sinsontes  
y turpiales.  
Tirrilés,  
piguas  
y carraos.  
Turros,  
mariamulatas  
y currucucúes.  
Reinitas,

juancojos  
y gueregueres.  
Tijeretas,  
suiris  
y guarumeras...

En mi casa,  
la casa de mis padres,  
al caminar,  
uno debía tomar sus precauciones.  
Y al hablar,  
había que hacerlo con especial cuidado.  
El aire que se respiraba  
tenía un olor a pájaros.  
Y hasta la comida  
tenía un olor  
y un claro sabor a pájaros.

A mi madre  
no era que no le gustaran los pájaros.  
Pero cuando mi madre  
se ponía de mal humor  
o se enfadaba por cualquier motivo,  
de un certero revés  
echaba a rodar por tierra  
a un buen número de aquéllos,  
con la complicidad  
del perro que ladraba sin cesar.

En mi casa,  
la casa de mis padres,  
con las lluvias de abril,  
las tardes se revestían  
de un dulce sabor a fiesta.  
Y un remolino de plumas,  
de plumas multicolores,  
con rumbo a las estrellas  
volaban al anochecer.

A mi padre,  
que siempre le gustaron los pájaros,  
le tenía sin cuidado  
que las labores de ventear y cernir el maíz  
no se pudieran ejecutar durante el día,  
a causa de los pájaros;  
y que aquellas acciones  
sólo pudieran ser llevadas a cabo por mi madre

durante las horas de la noche,  
con el auxilio  
de una linterna y un mechón de petróleo,  
y ante la somnolencia de una vieja lechuza  
de ojos grandes y redondos,  
medio sorda y toda enclenque;  
a quién ya se le notaba, además,  
esa gran tristeza larga  
que se asoma a la mirada,  
que salpica los recuerdos  
y da paso a la nostalgia, con el peso de los años.

La historia de aquella vieja lechuza  
tiene un toque de abstracción, de irrealidad, de ficción,  
que la acerca a la leyenda:

Fue en la flor de sus mocedades  
-tras haber perdido a sus padres-,  
cuando huyendo de su entorno  
para no ser otra víctima más  
del funesto accionar de los fusiles,  
aquella pobre criatura  
se reafirmó en la intención de irse a vivir a otra parte,  
a un lugar más amable, quizá,  
donde le fuese dable la opción  
de rehacer todos sus sueños,  
sin exponer su pellejo.

El sitio que ella eligiera  
era un paraje sombrío,  
ubicado en una esquina  
de la parte posterior  
de aquel inmenso solar  
que mis padres escogieran  
(en esa época en que el amor  
le hace el tercio a la locura),  
para plantar su vivienda.

Lo admirable -por decir algo-  
de aquella huérfana astuta,  
fue que a poco de estar ahí  
en el que fuese su nuevo hogar  
y tras haberse hecho al cariño  
de quien éramos sus vecinos más cercanos,  
con la anuencia de todos  
pasó de forma inmediata a convivir sin reservas,  
tanto con el núcleo familiar

de nosotros los humanos,  
como con la runfla de animales domésticos  
que habitaba en el traspatio.

Fue precisamente ahí,  
al interior del mencionado traspatio,  
en donde, sin saber cómo ni cuándo  
y como sin querer queriendo,  
nuestra dama del cuento  
terminó a merced del gallo,  
quien de un tirón la hizo suya;  
en las garras afiladas  
de aquel gallo libertino,  
de quien ésta se sintió atraída,  
desde aquel preciso instante  
en que por primera vez le viera  
pavonearse a cielo abierto,  
todo apuesto, muy gentil  
-como sólo él sabía hacerlo-,  
bajo los rayos del sol  
Que en su cuerpo se irisaban.

Olvidaba decir,  
que a la par de sus desmanes  
y en sus ínfulas absurdas  
de “Gran Jefe de la tribu”  
-sobrenombre o remoquete  
con el cual él pedía se le nombrase-,  
aquel pícaro donjuán,  
como buen politiquero,  
tenía el cinismo, el descaro  
de exhortar a todo el combo,  
pero más a las gallinas,  
a no dejarse influenciar por tendencias a la moda  
que mas que bien hacen mal,  
a no rebasar el marco de lo ya establecido,  
acorde con sus costumbres;  
y a no parar mientes  
a infundios y chismorreos  
de oscuras fuerzas extrañas  
que podrían dar con el traste  
los basamentos mismos,  
no sólo de su entrañable cultura,  
sino los de su propia existencia...

Pero volvamos al padre,  
A quien ya echaba de menos:

A deducir, simplemente,  
Por su descomplicada forma de ser,  
De ver y de asumir la vida;  
Y sin la innoble y perversa intención  
de desacreditar su honrosa memoria,  
parecía ser  
que a mi padre no sólo le importaba  
andar con la cabeza  
y con el corazón llenos de pájaros;  
sino que el revoloteo y la algarabía  
de aquella muchedumbre de pájaros en desorden,  
debían de recordarle, sin lugar a dudas,  
sus viejos buenos tiempos  
de mozalbete aprendiz de tocador de guitarra...

A lo mejor,  
esta canción que suena sin parar,  
que por dentro me carcome pero que no me sale  
-cosa de la que muchos se avergonzarían-,  
tal vez no me resulte algo gratuito;  
sino que ese algo lo heredé de mi mismísima casa,  
la casa de mis padres,  
la casa donde la infancia se confundía con los pájaros...

## APROXIMACION AL PADRE

Entrar a hablar del padre,  
es como entrar al templo  
propiciando un alegato.

No obstante,  
y sin dármelas de erudito,  
yo me arriesgaría a decir:  
Conocerse a sí mismo,  
resulta tan interesante, si no igual,  
como saberse para lo qué se sirve.  
Todo lo demás, es puro cuento!

Mi padre,  
aunque sin proponérselo  
(y de ello no hay la menor duda),  
fue un hombre bueno,  
noble,  
leal,  
sincero,  
honrado,  
servidor de los demás...  
Pero mi padre,  
como tantos otros,  
sufrió de un mal muy grave:  
Como no se conoció a sí mismo,  
jamás pudo saber para lo qué era bueno.

A lo mejor, digo yo acá,  
de haber podido estudiar un poco,  
cosa difícil para los de abajo;  
o de haber nacido en estos tiempos,  
pese a lo nada fácil de la senda,  
mi padre hubiera servido  
para zanjador de conflictos.  
O para poeta.  
O para filósofo.  
O para las tres cosas a la vez, y algo más...  
Menos para lo que, en principio,  
comprometiera su tradicional buen nombre...

De entre todas las cosas de mi padre,  
hay algunas que siempre,

no sé,  
han llamado mi atención sin reserva:

Su obsesiva afición a los pájaros,  
y su incorregible  
y natural predisposición  
a no incurrir jamás  
en lo que de alguna manera  
le perturbara la conciencia...



## APROXIMACION A LA MADRE

Como mujer de casa,  
de hogar, como dirían los entendidos,  
mi madre debió ser todo un portento.

Aparte de sus obligaciones familiares,  
las que cumplía a cabalidad,  
mi madre fabricó el pan;  
elaboró almojábanas y panderos;  
hizo bollos,  
arepas,  
empanadas;  
confeccionó cocadas,  
conservas,  
caballitos,  
enyucados,  
arequipes,  
quesadillas,  
merengues,  
arropillas,  
cazabes,  
turrones,  
caramelos,  
bolas de tamarindo,  
bolones de chocolate  
- con lo que se ganó su reumatismo -,  
y tantas otras cosas más,  
producto de su natural ingenio.

Mi casa,  
la casa de mis padres,  
podría no estar amoblada.  
Y hasta podría no tener  
ninguna suerte de comodidades.  
Pero lo que nunca faltó,  
si lo recuerdo,  
fue lo que al rompe  
y a continuación describo:  
Un pilón hecho de un viejo tronco de campano.  
Dos manos de pilar de guayacán de bola.  
Un molino de moler maíz marca CORONA.  
Un platón de caracolí para el manipuleo de la masa.  
Un cernidor de mimbre.

Un balay de bejuco.  
Una docena de tártaras para el asado.  
Un punzón de corozo.  
Una linterna y un mechón de petróleo.  
Un colador de totumo.  
Un cedazo metálico.  
Un rallador de latón.  
Un caldero de hierro para las frituras.  
Una cazuela hecha de barro para asar las arepas.  
Un moyo grande para fermentar la chicha.  
Un gallo y una veintena de gallinas.  
Un puñado de patos y de pavos.  
Una parvada de polluelos.  
Varios costales con afrecho.  
Un chiquero con una piara de cerdos.  
Una olla grande para cocinar los bollos.  
Y, olvidaba, un mesón grande de tablones de carreto,  
hecho a propósito como para desollar bueyes...

Ah, y un detalle:  
Entre el revuelo  
y la algarabía de las gallinas,  
los pájaros y las palomas caseras,  
y ante las muestras de desolación del padre  
por el asesinato del caudillo Jorge Eliécer Gaitán Ayala  
(de tres descargas de revólver,  
a la una y cinco de la tarde,  
a la salida de su bufete de penalista insigne,  
junto al Gato Negro y el Café Molino,  
en plena arteria de la Capital;  
lo que dio ánimos a la turba  
para que de inmediato entraran en escena  
los cruentos episodios que dieron pie  
a lo que se llamó más tarde el “Bogotazo”,  
tal como se lo contaran los periódicos al padre  
con más de una semana de retardo),  
frente al poder laboral de mi madre,  
y óigase bien, lo repito;  
frente al poder laboral de mi madre  
(que a final de cuentas  
era para nosotros, sus hijos,  
lo único que realmente importaba),  
el perro de mi casa se preciaba  
de ser el perro más gordo del poblado!

## **EL ABUELO GUERRERO**

Por estar leyendo libros  
(El Contrato Social, de Rousseau;  
El Príncipe, de Maquiavelo;  
Los Miserables, de Hugo;  
Guerra y Paz, de Tolstoi;  
El Quijote, de Cervantes;  
y tantas otras cosas más,  
como Mi delirio sobre el Chimborazo);  
por estar leyendo libros, repito,  
o quién sabe por qué causas,  
al abuelo Federico desde muy joven  
se le revolucionó el alma.

Hecho para lo suyo,  
mi abuelo abandonó el rancho,  
abandonó a su mujer y a sus hijos,  
y se marchó como cualquier Quijote  
a enderezar entuertos.

Había soñado con la guerra,  
y a eso iba:  
A lo mejor, por un puñado de gloria  
y a arrebatarse el triunfo a los usurpadores.

A través de la guerra,  
mi abuelo se encontró a sí mismo:  
Morril al hombro,  
fusil al tercio  
y altas botas de campaña.

Cómo debió de ser feliz mi abuelo,  
gozando a su manera y a sus anchas  
el duro carnaval de la guerra!

Pero lo que no sabía mi abuelo,  
es que la guerra,  
ese fantasma de la guerra,  
termina por ponerle un precio  
a todos los que abrazan sus designios.

Y él, mi abuelo,  
no podía ser la excepción.

Debía pagar con su vida  
el precio de la guerra...

Infortunado y pobre final, no merecido,  
el del viejo Federico, el abuelo guerrero...!

Y para decirlo de alguna manera,  
ahora estará disfrutando,  
en medio de una tierra esquiva,  
extraña,  
muy diferente a la suya  
y lejos de su parentela  
- nietos, biznietos y tataranietos,  
que a duras penas le recordarán un poco -;  
ahora estará disfrutando, repito,  
de esa otra paz no anhelada,  
la que a la postre le tronchara el sueño...

## **EL ABUELO LABRADOR**

**Al poeta y amigo  
Eliécer Miranda Hernández**

Acercarse al abuelo  
es como acercarse al padre.  
Con la única diferencia  
que el abuelo nos mira,  
nos inquiere  
con una especial deferencia...

Hacedor de surcos, como Isidro,  
mi abuelo era hombre por demás sencillo.  
Uno más entre los campesinos de mi tierra.  
Hombre de abarcas,  
sombbrero alón  
y de afilado yatagán al cinto.

Sin nada que le perturbara la conciencia  
y fiel seguidor  
del Almanaque de Brístol,  
a Félix Daniel, mi abuelo,  
sólo le preocupaban dos cosas:  
Que las cabañuelas de abril y mayo malparieran  
y que la Luna se mostrara esquiva,  
sin las premoniciones de la lluvia.

De Sol a Sol  
tumbó montes,  
derribó árboles,  
amplió espacios  
y abrió heridas a la tierra,  
hasta preñarla  
con la simiente de sus propias ilusiones.

Por las tardes,  
frente al rancho,  
cuando el Sol ya no estaba,  
repantigado sobre su taburete,  
mi abuelo se aclaraba el pecho  
y entraba como en una especie de entresueño,  
oyendo el coro de sus hijos

que alrededor suyo cantaban  
las dulces notas de la Señora Santana  
y los acordes de la Pájara Pinta.

(“... con el pico recoge la rama  
y con la rama recoge la flor...”)

Indiferente a la política,  
la que debió importarle un higo,  
a mi abuelo Félix no le trasnochaban  
ni los articulados  
de la recién estrenada Constitución  
- la que le pareció siempre una farsa -,  
ni la derrota de los Radicales,  
ni el triunfo de la Regeneración.

Sin embargo,  
durante el fragor de los Mil Días,  
debió ayudar más de una vez  
con recursos de su propia hacienda  
- algo inusual entre las cosas de mi abuelo -,  
a un guerrillero uribista amigo suyo que,  
por arte de birlibirloque  
o por designios de la suerte,  
años después  
alcanzaría a ser su consuegro.

Pero mi abuelo un día,  
como cualquier mortal,  
de viejo decidió morirse.  
Morirse porque sí,  
de muerte natural  
- cosa que envidiarían hoy más de cuatro -,  
al lado de su ahincada mujer y de sus hijos  
y entre las sábanas de su propio catre...

Mas ahora,  
que ya nos conocemos,  
que nos tratamos de tú a tú,  
qué fácil y qué grato  
es conversar con el abuelo.  
Y qué fácil y qué grato  
es contemplarle,  
mirarle desde cerca,  
como al Isidro de las historietas,  
hacer sus cuentas con los dedos,  
enjugar sus nostalgias,

embarajar sus ilusiones,  
alzar sus ojos a lo alto  
e implorar, como en la vieja cantiga,  
la dulce bendición de un aguacero...!

## LA ABUELA PETRONA

Por culpa de la guerra,  
en la que se enroló el abuelo,  
a mi abuela Petrona se le saltó en pedazos  
o, para decirlo de otro modo,  
a mi abuela Petrona se le repartió el alma.

Pues, no de otra manera  
podría considerarse  
la situación embarazosa  
en que se vió envuelta la abuela.  
La que, por una obligación mayor  
o por física necesidad,  
tuvo que repartir sus críos.

Lo cierto fue, naturalmente,  
que eso debió de suceder  
mucho después  
de que los bienes del abuelo  
(cinco hectáreas de aguacate,  
tres cabuyas de café,  
siete burros,  
cuatro mulos,  
una yegua,  
dos caballos,  
cinco vacas,  
una manada de cerdos,  
un pañol de ñame,  
cien fanegas de arroz,  
doscientos almudes de maíz,  
cien cuartillas de ajonjolí,  
diez costales con auyamas,  
tres jolones de batata  
y seis catabres de frijoles);  
eso debió de suceder, repito,  
mucho después  
de que los bienes del abuelo  
quedaran, como se dice en estos casos,  
a la buena de Dios y de los acreedores...

Y qué decir del resto  
de la parábola vital  
de la abuela Petrona?



Pues, como dice el dicho:  
A rey muerto, rey puesto.

Pedro Pablo Fonseca,  
el de la espada enmohecida,  
amigo y compañero de armas del abuelo  
- quién lo creyera! -,  
daría, mejor que yo,  
buena razón de estos enredos...

## LA ABUELA GREGORIA

Cuánta lástima que a esta abuela del cuento  
no hubiera tenido yo  
el inmenso placer de conocerla!

Porque, según cuentan algunos,  
aparte de otras virtudes,  
mi abuela fue una mujer muy bella.  
No en balde,  
mi madre era el vivo retrato de la abuela.

De la abuela Gregoria, sólo llegué a conocer:  
La casa grande de bahareque y palma amarga, en ruina,  
en la que - a modo de amuleto de la buena suerte  
y adosada a la parte superior interna  
del tramo de pared que se apoyaba  
en el dintel de la puerta de entrada de hoja doble -,  
colgaba de hacía mucho una herradura.  
Y en la que sobre la superficie porosa  
de sus pisos de tierra apisonada,  
la propia abuela en persona  
dejara caer todos los días, por las mañanas,  
una ligera llovizna de agua de cal o lejía  
con una cuantas gotitas de alhucema o de limón,  
a fin de que el polvo no se levantara  
y la casa toda,  
de arriba abajo y por todos los costados,  
no oliera mal y se conservara fresca.

En ese mismo espacio geográfico vital,  
en donde en comunión con los pájaros,  
los árboles, los arroyos y las ninfas del bosque  
naciera y creciera mi madre hasta llegar a grande,  
desperdigados por donde otrora estuvieran  
el patio, el traspatio, el aljibe y la cocina,  
en deprimente estado de total deterioro  
y cubiertos por una espesa capa  
de escobilla, pringamoza, verdolaga y lianas,  
alcancé, además, a apreciar cuando niño  
los restos de los que en otro tiempo habían sido:  
Un horno para asar las almojábanas.  
Dos pailas para la fabricación de jabón.

Una mesa de cedro para amasar las harinas.  
Una máquina de coser marca SINGER de pedales.  
Una mesa grande de caracolí para doblar tabacos.  
Y un solar muy grande sembrado de totumos,  
a cuya sombra habían  
sendos chiqueros para los chivos y los cerdos,  
apartados del rancho  
y al lado de un viejo promontorio de ceniza...

Lo anterior bastaría  
para evaluar el temple de la abuela!

## ANOTACIONES PARA UN CUADRO DE LA TIA "BEATA"

**"Todo poema comienza  
con un poco de mentira."**

(TUGRUL TANYOL)

**"Copiar la verdad puede ser bueno.  
Pero inventarla es mejor, mucho mejor."**

( GIUSEPPE VERDI)

Si por una de esas cosas del destino  
a mí me tocara en suerte  
trazar para la posteridad  
(y óigase bien, para la posteridad)  
un cuadro sobre la vida de una de mis tías,  
la que en vida  
respondiera al nombre de Beatriz,  
de seguro que no vacilaría en utilizar  
para cumplir mi cometido  
mi simple y natural ingenio,  
en base y con la ayuda  
de este humilde y pesado mamotreto.  
A la tía Beatriz  
familiarmente se le conocía  
con el paradójico mote de "Beata".  
Aunque de beata,  
la tía Beatriz no tuviera un pelo.  
Es más, tenía el temple,  
la inteligencia  
y el ímpetu exaltados del abuelo,  
de mi abuelo, su padre, naturalmente.  
A más de otros defectos y virtudes  
que la hacían un tanto diferente.

A sus ciento seis años,  
la tía Beatriz todavía,  
en menos de lo que canta un gallo  
o en menos de lo que se persigna un ñato,  
doblaba sus calillas.  
Las que solía fumarse al revés,  
es decir, con la candela para dentro.  
Y con una fortaleza  
que envidiaría cualquier jayán de pueblo,  
mecía la hamaca o el chinchorro,  
para aliviar

de los mediodías el bochorno  
que agobiaba a los nietos,  
biznietos y tataranietos y qué sé yo.

Devoradora asidua  
de libros, revistas y periódicos,  
no había acontecimiento importante  
que no arrancara a la tía  
un comentario oportuno, salpicado de elocuencia:  
Que la edición en Curazao  
de Sonetos de aquí y allí,  
del poeta y estadista colombiano,  
nacido en Bogotá, Miguel Antonio Caro Tovar;  
y el natalicio en El Carmen de Bolívar  
del poeta lírico costeño Sebastián Mesa Merlano.  
Que la publicación en Bogotá  
de los primeros poemas  
del bardo colombiano José Joaquín Casas;  
y el nacimiento en Madrid  
del poeta español  
de la generación del 27, Pedro Salinas.  
Que el medio centenario  
de la muerte en Montevideo,  
del poeta argentino, oriundo de Buenos Aires  
y autor del famoso poema  
La cautiva, Esteban Echavarría;  
y la vinculación como estudiante de primaria  
del recién inaugurado Instituto Pareja  
de su ciudad natal,  
del poeta y escritor carmero,  
de vida errante y tormentosa,  
Tiberio Hormechea Suárez.  
Que el segundo centenario  
de la muerte en su natal Milán,  
del filósofo y jurista italiano,  
autor, entre otras obras,  
de De los delitos y las penas, César de Beccaria;  
y el natalicio en Valladolid  
del poeta español  
de la generación del 27, Jorge Guillén.  
Que la defunción en Bogotá  
del aedo romántico colombiano,  
nacido en Tunja, Boyacá,  
y de acento épico y patriotero, José Joaquín Ortiz;  
y el nacimiento en Santiago de Chuco, La Libertad,  
del poeta rebelde peruano,  
autor de Trilce y Los heraldos negros, César Vallejo.

Que la entrada en circulación  
del libro de versos Nostalgia,  
del bardo y escritor colombiano Maximiliano Grillo,  
más conocido como Max Grillo;  
y la apoteósica inauguración  
en el departamento de Bolívar  
del ferrocarril de Calamar.  
Que la publicación del poemario Horas,  
del lirida romántico y popular colombiano,  
nacido en Chiquinquirá, Boyacá, Julio Flórez Roa;  
y la aparición en los círculos intelectuales  
de Ecos perdidos,  
del poeta, escritor y catedrático colombiano,  
nacido en Bogotá, Antonio Gómez Restrepo.  
Que el óbito en su casa de El Cabrero,  
de su ciudad natal,  
del poeta y estadista cartagenero,  
autor de la letra de nuestro tercer y último  
Himno Nacional, Rafael Núñez Moledo;  
y el nacimiento en Melo  
de la portalira uruguaya Juana de Ibarbourou.  
Que la invención del cinematógrafo,  
versión mejorada del kinoscopio  
del norteamericano Thomas Alba Edison,  
con el que sus inventores filmaron  
La salida de la fábrica Lumiere,  
y que dio origen al séptimo arte en Francia,  
por los hermanos franceses,  
químicos de profesión, Luis y Augusto Lumiere;  
y el natalicio en Bilbao  
del poeta y ensayista español,  
precursor del movimiento ultraísta, Juan Larrea.  
Que la inauguración en Cartagena de Indias  
de la primera plaza o circo  
para la lidia de toros en Colombia,  
mandada a construir en madera  
por el empresario Pedro Vélez Martínez;  
y el natalicio en Medellín  
del poeta simbolista colombiano León De Greiff.  
Que el deceso en Ibagué, Tolima,  
del novelista y poeta romántico colombiano,  
oriundo de Cali  
y autor de la famosa novela María, Jorge Isaacs Ferrer;  
y el suicidio en su natal Bogotá  
de José Asunción Silva Gómez,  
el más grande poeta colombiano de todos los tiempos,  
tras un diluvio de embargos,

entre otras calamidades domésticas,  
que le enturbiaron los caminos.  
Que el óbito en San Remo  
del industrial y químico sueco Alfredo Nóbel,  
inventor de la dinamita  
y creador de los premios que llevan su nombre;  
y la patentización de la telegrafía sin hilos,  
por el físico e inventor italiano,  
oriundo de Bolonia, Guillermo Marconi.  
Que el deceso en Barranquilla  
del Obispo de Cartagena de Indias,  
de origen italiano, Eugenio Biffi Gaviratti;  
y el nombramiento en su reemplazo  
del también italiano, Pedro Adán Brioschi Cárcamo.  
Que el fallecimiento en Caracas, Venezuela,  
del poeta y orador anticlerical colombiano,  
nacido en San Juan Nepomuceno, Bolívar,  
Diógenes Bustillo Arrieta,  
más conocido como Diógenes Arrieta;  
y el entusiasmo afiebrado  
con que los jóvenes sandieganos, getsemanisenses  
y de los barrios Torices, Canapote, Pie del Cerro  
y otros sectores aledaños,  
carretilleros, revendedores del mercado  
y algunos estudiantes, incluso, de la Universidad,  
se hacían valientemente calzar  
por el cartagenero Andrés Gómez Hoyos  
los pesados guantes de boxeo,  
en los albores de ese deporte en la Ciudad Heroica.  
Que la exhibición  
por primera vez en Cartagena de Indias  
de una película de cine mudo;  
y el natalicio en Popayán, Cauca,  
del poeta y ensayista colombiano Rafael Maya.  
Que la presentación en Bogotá  
de Poemas simbólicos,  
del bardo y ensayista colombiano,  
oriundo de Santa Rosa de Viterbo, Boyacá,  
Carlos Arturo Torres;  
y el escándalo social, de implicaciones políticas,  
por el famoso caso  
del acaudalado comerciante italiano,  
ex cocinero de barco en sus inicios, Ernesto Cerrutti.  
Que la publicación en Bogotá  
del poemario Hojas,  
del poeta romántico colombiano  
Alfredo Gómez Jaime;

y la desaparición en Valvins  
del bardo francés,  
nacido en París, Esteban Mallarmé.  
Que la aparición en los círculos letrados  
del poemario Ritos,  
del vate y político payanés Guillermo Valencia;  
y las primeras prácticas en plazas y playones,  
por universitarios panameños, en su mayoría,  
a los que se les unían  
algunos vagos y habitantes de la calle,  
del novedoso juego  
de la “pelota chica” en Cartagena de Indias.  
Que la presentación de Páginas locas,  
del poeta colombiano Abel Farina;  
y el suicidio en Riga,  
donde fungía como diplomático,  
del ensayista español, natural de Granada  
y quien fuera precursor en su país  
de la generación del 98, Ángel Ganivet.  
Que el nacimiento en Lyon  
del aviador y escritor francés,  
autor del poético relato El principito,  
Antoine de Saint-Exupéry;  
y el deceso en París  
del novelista portugués,  
autor de El primo Basilio, Eca de Queiroz.  
Que la defunción en Weimar  
del controvertido filósofo alemán,  
autor, entre otros libros,  
de Así hablaba Zaratustra, Federico Nietzsche;  
y el natalicio en Nueva Orleans  
del famoso músico de jazz estadounidense  
de raza negra Luis Daniel Armstrong.  
Que el nacimiento en Bogotá  
del historiador colombiano Germán Arciniegas;  
y la desaparición en París  
del escritor inglés, nacido en Dublín,  
de vida un tanto licenciosa  
y autor de El retrato de Dorian Gray, Oscar Wilde.  
Que el nacimiento a finales de siglo  
(y no en 1904, como erróneamente se cree)  
en Calarcá, Quindío,  
del poeta surrealista colombiano,  
autor de Suenan timbres, Luis Vidales;  
y los hechos que se venían fraguando,  
hasta dar al final  
con la más larga y cruenta



de nuestras guerras civiles...

Eventos estos y otros más,  
como podrán ver,  
acaecidos durante el transcurso  
de la última década del siglo XIX  
y recogidos y difundidos,  
en su gran mayoría, por El Porvenir de Cartagena,  
de cuyas breves páginas  
se aficionó la tía Beatriz desde muy niña,  
cuando sus compañeritas de su misma edad,  
bajo la sombra orquestada de los árboles  
y entre el canto alboratador de los pájaros,  
aún pugnaban  
(a más de la gallina ciega,  
el salto de la cuerda,  
las pompas de jabón,  
el cacao y otros juegos infantiles),  
por el gozo y la alegría  
de vestir  
y desvestir  
y darle el biberón a sus muñecas...

Con lo que aprendió,  
sin nunca ir al colegio,  
la tía Beatriz  
se atrevió a fundar su propia escuela.  
En donde se enseñaba  
desde las primeras letras  
hasta las cuatro reglas de la aritmética.  
A más de algo de historia,  
de urbanidad,  
de geografía,  
de cívica y de geometría.

Para la tía Beatriz  
el Código Civil  
no era otra cosa distinta  
de la urbanidad y la cívica.  
Y la historia,  
que se sabía de memoria,  
la había aprendido  
en los distintos periódicos  
de filiación liberal.

Veterana, como se dice,  
de la guerra de los Mil Días,

o para mejor decir,  
víctima de la misma,  
la tía Beatriz recordaba,  
con una facilidad que asombraba,  
los nombres de todos los generales  
que integraron la revuelta:  
Juan Francisco Gómez Pinzón,  
Ramón Neira,  
Justo L. Durán,  
Zenón Figueredo,  
Benjamín Herrera,  
Rafael Uribe Uribe,  
Vargas Santos,  
Lucas Caballero,  
Joaquín Mercado Robles,  
Marco J. Serrano,  
Plácido Camacho,  
Sabas Socarrás,  
Emilio Santodomingo Navas,  
Avelino Rosas,  
Vicente Carlos Urueta,  
José Ángel Tous,  
Tulio Varón,  
el Negro Marín...  
Y tantos otros,  
cuyos nombres se nos escapan.

De aquellos episodios memoriosos,  
los que más le emocionaban a la tía  
eran, en primer lugar,  
el triunfo de Peralonso, junto a Cúcuta,  
obtenido por los generales  
Uribe, Herrera y Durán,  
sobre las tropas del Gobierno  
que comandaba el general Vicente Villamizar.  
La victoria  
y, más que la victoria,  
la generosidad  
para con el vencido  
del general Sabas Socarrás  
(carnero, para mucha honra),  
tras el combate de Camperucho,  
en la antigua provincia de Padilla.  
Y, por último,  
el arribo intempestivo  
del general Rafael Uribe Uribe a La Cansona.  
Lugar este último

enclavado en los Montes de María,  
en donde días atrás,  
según el testimonio de la misma tía,  
se había celebrado un combate;  
combate en el que tomaron parte activa  
en favor de la causa liberal,  
entre otros,  
Federico Bobadilla, su padre,  
y Pedro Pablo Fonseca,  
quien con el correr de los años  
se convertiría en su padrastro.

A su arribo a Colosó,  
a donde se había desplazado,  
pasando por El Aguacate,  
Macayepos y Macaján,  
el general Uribe  
fue recibido calurosamente  
por algunas personalidades de la región,  
entre quienes se encontraban  
Cristóbal y Facundo Madrid Alvis,  
Francisco L. Porras,  
Adriano Arrázola,  
Gerónimo Maduro  
y el coronel Máximo Zuleta, entre otros.  
Por el grueso del pueblo liberal  
que permanentemente lo vitoreaba  
y le reiteraba su irrestricto respaldo.  
Y por el estado mayor  
de los ejércitos liberales de la Costa Atlántica,  
integrado por los generales  
Joaquín Mercado Robles,  
Plácido Camacho,  
José Ángel Tous,  
Julio E. Vargas,  
Víctor Manuel Ogliastri,  
Emilio Santodomingo Navas,  
Adulfo Valverde,  
Vicente Carlos Urueta,  
Federico Castro Rodríguez,  
César Díaz Granados  
y Manuel de Jesús Álvarez.

En su corta  
pero brillante alocución en Colosó,  
pronunciada desde el pretil  
de la casa de don Facundo Madrid Alvis,

donde se hallaba hospedado,  
el general Uribe hizo una breve semblanza  
sobre la situación actual de la guerra.  
Se refirió  
a la reciente derrota de los ejércitos liberales  
en el cerro de La Mena y el arroyo Pichilín,  
en cercanías de Toluviejo.  
Y se mostró profundamente conmovido  
por la suerte corrida  
por el doctor Eleuterio Montoya Kennedy,  
fundador del batallón Zenón Figueredo  
que operaba desde que se inició la guerra  
en el empinado cerro de Las Campanas,  
en los Montes de María,  
y quien fuera asesinado días atrás  
en una emboscada  
urdida por agentes del Gobierno,  
en el sitio conocido como El Cerrito,  
en inmediaciones de Chalán...

Días después,  
como era de suponerse,  
Colosó fue tomado,  
saqueado e incendiado,  
por órdenes  
del general conservador Francisco Jaramillo,  
perteneciente a los ejércitos  
que comandaba en la Costa  
el general Pedro Nel Ospina Vásquez.

Igual suerte,  
o algo por el estilo,  
debió ocurrirle  
a otras poblaciones de la Costa  
como San Antonio, Palmitos, Magangué  
y El Carmen de Bolívar  
- esta última tomada a sangre y fuego  
por el general oficialista Víctor María Salazar,  
jefe civil y militar de Panamá  
durante el conflicto con Colombia -,  
según versión vivencial de la tía  
y en base al testimonio escrito  
por el mismo Uribe Uribe  
en carta enviada al general Ospina Vásquez  
desde Corozal,  
a donde finalmente se había trasladado,  
en que daba cuenta

de estos y otros hechos  
que enturbiaban los ojos a la patria.

Dos cosas,  
como para ser tenidas en cuenta,  
debieron llamar la atención  
al despabilado general Rafael Uribe Uribe,  
en su audaz recorrido por los Montes de María:  
La entereza y lealtad  
y el carácter indomable de sus gentes,  
y la generosidad  
de estas ubérrimas tierras  
para con toda suerte de frutos y cultivos...

Pero la tía Beatriz  
se ponía triste,  
se descomponía,  
cuando tocaba el tema  
de la pérdida de Los Obispos,  
el desastre ocurrido  
en Palonegro, junto a Bucaramanga,  
y las derrotas de Piedecuesta y Pichilín.

Del general Rosas nos instruía  
sobre el famoso Código de Maceo  
o Código de guerrillas,  
como generalmente se le conocía,  
del cual nos recitaba párrafos completos.  
Y al general oficialista Próspero Pinzón,  
por lo del rosario en Palonegro,  
no lo bajaba de marica y de pendejo.

Pero, de lo que más se lamentaba,  
naturalmente, la tía,  
eran, en primer lugar,  
de la pérdida del padre  
a manos del enemigo  
en el fragor del combate.  
Del fusilamiento a sangre fría  
de que fuera víctima el general Rosas,  
horas después de ser arrestado,  
tras ser herido en la batalla de Puerres  
(hecho que la tía relacionaba,  
de conformidad  
con la crónica del momento,  
según versión del propio Lucas Caballero,  
amigo personal

y compañero de armas del general Rosas;  
y en concordancia así mismo con lo expresado  
por algunos reconocidos historiadores  
de la talla moral y el prestigio intelectual  
de Jorge Villegas y José Yunis,  
como una extraña coincidencia  
con lo acaecido años después  
al “Che” Guevara en las montañas bolivianas).  
Y, en tercer lugar,  
el vil asesinato  
perpetrado contra la humanidad del general Uribe,  
cuando ya la guerra era un asunto del pasado,  
ante las propias barbas del Capitolio Nacional.

Cuando alguien por curiosidad  
o por cualquier otro motivo,  
le preguntaba a la tía  
sobre los hechos  
que dieron con la muerte del padre,  
el sitio exacto de la tragedia  
y las circunstancias  
que rodearon aquellos hechos,  
tras lanzar un suspiro  
y entrecerrando los párpados,  
como buscando con los ojos  
un punto extraviado en el espacio,  
respondía, muy compungida:  
Pues, mire:  
Tras el desalojo de los rebeldes  
del puerto de Magangué, sobre el Magdalena,  
por los ejércitos del Gobierno,  
a cuyo puerto  
debieron arrojarlo las veleidades de la guerra,  
lo más probable es que mi padre  
hubiera muerto en combate  
sostenido con las tropas  
del general Pedro Nel Ospina Vásquez,  
en las propias goteras de Corozal,  
meses después  
de la sangrienta toma  
de ese importante fortín conservador  
a manos de la insurgencia...  
Allí en ese mismo sitio  
de difícil identificación,  
alejado de su parentela  
y a la buena de Dios, como se dice,  
en una fosa común

(como debía corresponder  
a un guerrillero de baja graduación);  
allí en ese mismo sitio, repito,  
debieron quedar sus restos...

Y si se le interrogaba  
sobre las consecuencias de la guerra,  
o más exactamente  
sobre los que se favorecieron con la misma,  
completamente despabilada  
y con los ojos engrandecidos,  
la tía Beatriz respondía,  
con una extraña contundencia:  
La desmembración de Panamá  
y, por ende,  
la pérdida de influencia  
del Gobierno de Colombia sobre la zona del Canal;  
y, lo que es peor,  
la ruina y la depauperación  
de las grandes mayorías,  
es decir, de los que poco o nada tenían.  
Mientras que, por otro lado,  
algunos comerciantes y banqueros,  
como Pedro A. López y Silvestre Samper Uribe,  
- para no hablar de los políticos,  
ni de los generales triunfantes -,  
veían cómo se les incrementaban  
tanto sus prestigios como sus capitales.

Y para no ir muy lejos,  
y como para corroborar lo dicho,  
permítame, sin embargo,  
que le traiga a colación un detalle  
(aquí la tía,  
antes de proseguir con su perorata,  
daba un fuerte chupón a su calilla,  
lanzando al aire  
los humos de sus recuerdos):  
Por algo el general Ospina,  
el mismo que le mencionara hace un momento,  
condiscípulo y amigo del general Uribe,  
pese a estar enfrentados por la guerra;  
por algo el general Ospina, repito,  
logró, más adelante,  
treparse al potro de la Presidencia...

Pero, donde la tía Beatriz

se regodeaba a sus anchas,  
poseída de una alucinada solvencia  
y de una hechizada claridad que asombraban,  
era, sin lugar a dudas,  
en el relato o mención  
de los hechos que se sucedieron  
a todo lo largo y ancho del presente siglo:

Que la muerte en Londres  
de la reina Victoria de Inglaterra;  
y el nacimiento en Chicago  
del dibujante y realizador  
de dibujos animados estadounidense,  
creador del ratón Mickey, el pato Donald  
y el perro Pluto, entre otros, Walter Elías Disney.  
Que la creación definitiva por el Papa León XIII  
de la arquidiócesis de Cartagena de Indias;  
y la designación como jefe espiritual de la misma  
del italiano Monseñor Pedro Adán Brioschi Cárcamo.  
Que el fallecimiento en Aquitania  
del pintor expresionista francés,  
deforme y enano, Henri Toulouse-Lautrec:  
y el natalicio en Sora, Lacio,  
del actor y director  
de cine neorrealista italiano Vittorio de Sica.  
Que el fenecimiento en Milán  
del compositor de ópera italiano Giuseppe Verdi;  
y el nacimiento en Buenos Aires  
del pianista y compositor argentino  
de música atonal Juan Carlos Paz.  
Que el uso cada vez más frecuente  
de la aspirina, para calmar los dolores;  
y el natalicio  
del actor cinematográfico estadounidense Gary Cooper.  
Que la muerte en Oviedo  
del ensayista español, nacido en Zamora  
y autor de Siglo Pasado, Leopoldo Alas Clarín;  
y la derrota en la batalla de Palonegro  
de las huestes liberales de Colombia,  
a manos del ejército oficial conservador,  
durante la llamada Guerra de los Mil Días.  
Que el natalicio en Créteil  
del escritor y político francés Andrés Malraux;  
y el asesinato en Buffalo,  
del Presidente de Estados Unidos, William McKinley.  
Que la transmisión por primera vez  
de señales de radio a través del Atlántico,



por el físico italiano Guillermo Marconi;  
y el nacimiento del pianista y compositor  
de música popular mexicano Agustín Lara.  
Que los cien años  
del deceso en Weissenfels, Turingia,  
del poeta romántico alemán Federico von Hardenber,  
más conocido como Novalis;  
y el natalicio en Armenia, Quindío,  
del escritor y cuentista colombiano,  
autor, entre otras obras,  
de Por los caminos de la tierra, Adel López Gómez.  
Que el nacimiento en Chillán  
de la novelista chilena,  
autora de Montaña adentro, Marta Brunet;  
y los 300 años de la terminación del drama Hamlet,  
por el poeta y dramaturgo inglés William Shakespeare.  
Que la muerte en Madrid  
del poeta romántico español,  
oriundo de Navias, Asturias,  
y autor de El tren expreso, Ramón de Campoamor;  
y el premio Nóbel de la Paz  
para el escritor y filántropo suizo,  
oriundo de Ginebra y promotor  
de la creación de la Cruz Roja, Henri Dunant.  
Que el natalicio en Cádiz, Ohio,  
del actor de cine estadounidense,  
famoso galán de Hollywood, Clark Gable:  
y la invención de la primera hoja de afeitarse desechable,  
por el fabricante estadounidense Kim Cam Guillette.  
Que el premio Nóbel de Literatura  
otorgado al poeta parnasiano francés,  
natural de París  
y autor de Los vanos afectos, Sully Prudhomme;  
y, pare de contar...

Todo,  
pero absolutamente todo.  
Como podrán ver,  
a la tía Beatriz  
nada le era indiferente.

Y en tratándose de política,  
ahí sí que no tenía quién le compitiera.  
Pero ya ese es otro cuento.  
Y, en verdad, no quisiéramos,  
por este ni ningún otro motivo,  
que nuestro amable e hipotético lector

- aclaro, del resultado final de estas líneas -,  
vaya a terminar, entonces sí, por aburrirse  
con historias insulsas,  
plagadas de infidencias,  
falacias y trapacerías,  
que interesan sólo a los políticos.

Mas..., lástima que la tía,  
que hasta el final se conservó lúcida,  
y a quien el peso de los años  
había terminado  
por volverla  
un tanto abstraída,  
cautelosa y parca,  
hasta más allá  
de retorcerle el pescuezo a las urgencias,  
no pudiera enterarse  
de los últimos acontecimientos  
que entre el miedo y la zozobra rubricaron el siglo...

Dueña, como muy pocos,  
de un estilo de vida libre y muy suyo,  
de entendimiento claro y de mirada limpia,  
y asistida, además,  
por una mentalidad de avanzada  
que entraba, desde luego,  
en franco desafío  
con las estrecheces de su medio  
(medio en donde la hipocresía  
se daba las manos con la ignorancia,  
para entre ambas  
hacerle el tercio  
a las frivolidades del montón),  
la tía Beatriz  
jamás se amilanó,  
ni retrocedió jamás,  
ante el estigma  
de la desaprobación o el rechazo.  
Unas veces, por tener la osadía  
de negar o de poner en duda,  
con una franqueza  
de la que siempre hizo alarde,  
lo que para los demás eran verdades  
que, por evidentes o sagradas,  
según ellos,  
no admitían ningún tipo de discusión.  
Y otras, por atreverse,

sin reparar en las consecuencias,  
a llamar a las cosas por su nombre.  
Incluso, por asignarle un nombre,  
a lo que para los otros resultaba innombrable.

A la trillada historia, por ejemplo,  
del descubrimiento de América,  
atribuido alegremente a Cristóbal Colón,  
la tildaba de entrada  
como una mera farsa teñida de impostura.  
Y en cuanto a la heroína francesa Juana de Arco,  
a quien apodaban la “Doncella de Orleans”,  
y quien fuera consagrada como santa en 1920  
por el Papa Benedicto XV,  
por su aversión a los hombres,  
su afición a usar ropas masculinas,  
y por tener visiones sobrenaturales  
y oír voces de ángeles y santos,  
le endilgaba, sin ruborizarse,  
la deplorable e infeliz condición  
de ser homosexual  
y de sufrir como mínimo  
de delicados y severos trastornos psiquiátricos.  
Amante de la libertad  
y del principio  
de autodeterminación de los pueblos,  
miró siempre hacia el Norte  
con aire de desconfianza.

Y en cuanto a los sátrapas tiranos  
que hoyaron  
con sus sables y sus botas  
el suelo americano,  
le encendía velas al Diablo  
y le apostaba a la revuelta.

Las bellas artes,  
pero, por sobre todas,  
la música,  
la pintura,  
la literatura,  
y entre esta última la poesía,  
fueron sus grandes pasiones favoritas.  
Y de no tener que ocuparse  
hasta bien entrada la noche,  
más por física necesidad  
que por vocación o por costumbre,

en la tradicional industria casera del tabaco,  
fuente más que cualquiera otra  
de un ingreso adicional  
de un número apreciable de familias carmeras,  
su gusto hubiera sido asistir  
de manera continua y sin interrupciones  
a las modestas salas de cine del pueblo,  
en donde se proyectaban,  
con muy pocas excepciones,  
películas con artistas  
y románticos temas del folclor mexicano.

Liberal, como queda dicho,  
liberal de racamandaca,  
para la tía Beatriz  
no había conservador bueno.  
Constantemente se le oía decir:  
Y godo para complemento...  
Godo tenía que ser...  
Los godos son una peste...

De los contemporáneos,  
el estadista colombiano  
que más admiraba,  
era Alfonso López Pumarejo.  
Y el personaje,  
de esa misma época y nacionalidad,  
que más inmisericordemente cuestionaba,  
era Laureano Gómez Castro.

A Jesús de Nazaret,  
a Espartaco  
y a Marx,  
en la parte más alta  
de su noble corazón,  
los colgó del mismo lado.  
Igual que a José Antonio Galán,  
Túpac Amaru,  
Bolívar  
(el revolucionario, el guerrero),  
José Martí,  
Mahatman Gandhi,  
Jorge Eliécer Gaitán Ayala,  
Martín Luther King,  
Nelson Mandela,  
Patricio Lumumba,  
Camilo Torres Restrepo

y el “Che” Guevara, entre otros.

Mientras que en los ratos de apremio,  
a la hora de las invocaciones,  
siempre se le oía mencionar,  
de forma deferente  
y con una devoción inusual,  
los nombres de  
Manuela Beltrán,  
Policarpa Salavarieta,  
Mercedes Abrego,  
Antonia Santos,  
Flora Tristán Laisney,  
Emmelina Pankhurst,  
Karl Liebknecht,  
Rosa Luxemburg,  
Dolores Ibárruri Gómez  
(La Pasionaria)  
y María Cano  
(La Flor del Trabajo).

La poesía,  
como queda dicho atrás,  
jugó un papel decisivo en su vida.  
Y a pesar  
de que jamás oficiara,  
según tengo entendido,  
en el altar sacrosanto  
de la palabra y el verso,  
su pasión y su afecto  
por la música ascóndita  
que conlleva el misterio  
de la Luna y la noche,  
de la rosa y el día,  
estuvieron presentes  
hasta la hora de su muerte.

Para la tía Beatriz,  
la poesía,  
más que un proyecto  
de implicaciones puramente literarias,  
sujeto a la incertidumbre  
del elogio y los aplausos,  
o un recurso del habla  
para atrapar incautos;  
para la tía Beatriz, lo repito,  
la poesía

fue más que eso, y algo más:  
Una forma muy particular y única de abordar el mundo  
y de asumir la vida,  
para luego toparse con la muerte.

Ah, y en cuanto a la estética,  
ese halo maravilloso  
que se asoma en las estrellas,  
se agazapa en los ojos de los niños  
y da vida al universo,  
más que la religión  
y la moral juntas;  
incluso,  
más que la filosofía misma,  
le pareció más confiable  
- por sus hondas repercusiones sobre lo social -  
para encontrar y allanar el camino.

En el tan cacareado “compromiso social”,  
o como quiera llamársele,  
la tía Beatriz  
halló la fórmula exacta  
para reencontrarse consigo misma  
y estar en paz con los demás.  
Mientras que la palabra Paz,  
dicha así con mayúscula,  
igual que lo que acontece  
con las voces justicia,  
igualdad,  
libertad,  
confraternidad, etc., etc.,  
le resultaba un término  
más que humillante y tramposo,  
pronunciado en los labios  
de quienes detentan  
el poder, la riqueza y la gloria.

En el noble ejercicio  
del respeto  
por el derecho de los demás,  
la tía Beatriz  
halló casi siempre  
la condición sine qua non  
para la consecución  
de una convivencia pacífica,  
duradera y estable.

Y en cuanto a la amistad,  
basada en la honestidad,  
el desinterés y la sinceridad,  
siempre la tuvo como un sentimiento  
muy por encima, incluso,  
del amor y el afecto.

Sus hijos la adoraban,  
y ella adoraba a sus hijos.  
Pero la tía Beatriz,  
que siempre se mostró fregada,  
jamás entró en componendas  
ni con nueras ni con yernos.

Cuando mi padre le visitaba,  
cosa que hacía con regular frecuencia,  
la tía Beatriz se mostraba  
más que amable y complacida.  
Y ahí mismo que le encimaba,  
para reanudar la charla  
de la vez anterior,  
un ciento del mejor tabaco.

A mi padre,  
la tía le contaba historias,  
episodios y anécdotas,  
tanto del presente como del pasado.  
Y, solícita, le mostraba  
entre espirales de humo  
y el íntimo aroma  
de dos tazas bien colmadas  
de café negro con panela,  
un montón  
de viejos libros  
y una runfla apelmazada  
de amarillentos recortes  
de revistas y periódicos,  
como sustentación  
de lo que referente a cualquier tema ella afirmaba...

Pero al final,  
como todas las cosas,  
a la tía "Beata"  
se le dio por morirse.  
Como los árboles viejos:  
Sin un dejo de sal.  
Sin una sola queja.

Y sin un solo reclamo...

Entre tanto,  
yo que aguardo una oportunidad propicia,  
a mí sólo me queda  
ofrendarle a la tía "Beata"  
en esta esquina de su muerte  
(junto con un puñado de claveles rojos),  
este bodrio anodino  
perjeñado a la bartola,  
producto de mi simple y natural caletre...



**BREVE CANCION PARA NOMBRAR  
A LA TIA DILIA**

En un pueblito olvidado  
de los Montes de María,  
una máquina sonaba  
con singular picardía.

La máquina de tía Dilia  
sonaba sin descansar.  
Zumba que zumba, zumbaba  
en la aldea de Salitral.

Y la máquina del cuento  
sonaba al amanecer.  
Y hasta en las noches sin Lunas  
sonaba la de coser.

La máquina de tía Dilia,  
una SINGER de pedales,  
sin balineras ni aceite,  
dele que dele que dale...

Al enfermarse la tía,  
la máquina entró en receso.  
Mas, a pesar de la tregua,  
siguió turbando el silencio.

Una legua a la redonda,  
cuando la Luna asomaba,  
con la brisa un estropicio  
de armatoste se escuchaba.

Los habitantes del pueblo  
al cura echaronle el gancho.  
Mas, pese a las rogativas,  
siguió sonando como antes...

Zumba que zumba, zumbaba  
la máquina de tía Dilia,  
que hasta en las noches tigreras  
al pueblo tenía en vigilia.

La máquina de tía Dilia,  
zumba que zumba, zumbaba...!

## DE LOS CUENTOS DE LA TIA MERCEDES

### A mi pequeña Irma Isabel

Bajo los tibios aleros  
de la casona de palma  
y ante la frágil penumbra del entorno,  
velada apenas  
por el constante chirrido de los grillos  
y por el chisporroteo  
de un mechón de petróleo  
que hacía guiños a la Luna,  
cuando no a la placidez de las estrellas,  
los campesinos niños  
de mi mismo porte y de mi misma cochada,  
con la frecuencia  
y en los espacios libres que nos dejaban los juegos,  
nos solíamos reunir  
en alegres y atronadoras parvadas,  
para, entre largos suspiros  
y poniendo por delante  
nuestra alada imaginación  
y nuestra exultante capacidad de asombro,  
escuchar de los labios ya marchitos  
por la aridez desolada  
de una viudez sin retoños de la tía Mercedes,  
los apasionantes embrollos  
de los cuentos bien contados por la tía de marras.  
Relacionados éstos  
con las múltiples travesuras  
y otras excentricidades,  
tanto del “tío conejo” como de la “tía zorra”.  
De “Juan Bobo” y “Pedro Urdimala”.  
Del “diablo” que le temía a la Cruz y de la “patasola”.  
De la “madremonte” y “manito Lara”.  
Del “mohán” y la “llorona”.  
A más de otros cuantos duendes,  
monstruos, fantasmas, aparecidos,  
hadas, príncipes encantados  
y muchísimos ogros del entorno...

**SOTTO VOCE**

**“Para ver la realidad  
se requiere mucha imaginación.”  
JUAN RULFO**

**“Lo que uno ama  
debe estar siempre en los finales.”  
LEONEL GONGORA**

## POEMA DEFINITIVO

### I

#### A Irma, mi compañera

A ti,  
que eres  
el uno y el todo,  
mi estrella más alta,  
mi hallazgo más dulce,  
mi rosa encantada,  
mi más simple amor.

A ti,  
que eres  
mi herida y mi escudo,  
mi puño y mi espada,  
mi claro horizonte,  
mi remo y mi barca,  
mi razón de ser...

A ti,  
a tus cálidas manos,  
a tu aliento interior,  
al paraíso inventado  
de tus íntimas playas,  
han volado mis ímpetus...

Definitivamente...,  
en ti,  
hacia tí,  
a tu espacio embrujado,  
a tu aroma hecho alondra,  
al sitio exacto  
donde tú amas,  
sueñas,  
respiras,  
se han volcado mis palabras...!

## POEMA DEFINITIVO

### II

A Irma, mi compañera

Tú  
y yo,  
juntos,  
los dos unidos  
por el sagrado vínculo del beso,  
en el altar sacrosanto  
de la palabra y la imagen.

Tú  
y yo,  
viandantes del silencio,  
desnudos y descalzos,  
agobiados  
por el peso de todo lo que existe.

Tú  
y yo  
y nuestras circunstancias,  
con todo lo que amamos,  
con todo lo sufrido,  
asediados  
por el hondo designio de la muerte.

Definitivamente...,  
tú  
y yo,  
junto con todas nuestras cosas,  
sin aprehensiones,  
sin urgencias,  
listos como para perdernos  
en la eterna unidad  
que da inicio en la simplicidad  
al misterio insondable de la nada...

## **RONDA DE LA ROSA**

**A mi pequeña Luisa Fernanda,  
a la altura de su primer año.**

Para ti, mi rosa.  
Mi pequeña rosa.  
Mi aroma más dulce.  
Mi pequeña flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi más tierna rosa.  
Te ofrendo estas rosas  
para tu candor.

Para ti, mi rosa.  
Mi adorada rosa.  
Mi frágil manzana.  
Mi celeste amor.

Para ti, mi rosa.  
Mi más pura rosa.  
Te ofrendo estas rosas  
del más puro amor.

Para ti, mi rosa.  
Mi encendida rosa.  
Mi roja manzana.  
Mi encendida flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi encumbrada rosa.  
Te ofrendo estas rosas  
de caras al Sol.

Para ti, mi rosa.  
Mi más rosa rosa.  
Mi sueño más dulce.  
Mi feliz canción.

Para ti, mi rosa.  
Mi heráldica rosa.  
Mi frágil mañana.  
Mi sueño de amor.



Para ti, mi rosa.  
Mi más blanca rosa.  
Te ofrendo estas rosas,  
de mi altar mayor.

Para ti, mi rosa.  
Mi más dulce rosa.  
Mi cálida rosa.  
Mi sencillo amor.

Para ti, mi rosa.  
Mi más alba rosa.  
Te ofrendo estas rosas,  
mi atildada flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi argentina rosa.  
Mi más pulcra rosa.  
Mi inocente flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi fúlgida rosa.  
Te ofrendo estas rosas,  
mi irisada flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi espléndida rosa.  
De Sol y de Luna.  
De Luna y de Sol.

Para ti, mi rosa.  
Mi espiral en rosa.  
Te ofrendo estas rosas  
de mi huerto en flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi alígera rosa.  
Mi prístina rosa.  
Mi mágica flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi cándida rosa.

Te ofrendo estas rosas  
de un místico azar.

Para ti, mi rosa.  
Mi más nívea rosa.  
Mi onírica rosa  
que alude al rosal.

Para ti, mi rosa.  
Mi poética rosa.  
Te ofrendo estas rosas,  
te invito a soñar.

Para ti, mi rosa.  
Mi aeróbica rosa.  
Mi Luna hecha rosa.  
Mi más pulcra flor.

Para ti, mi rosa.  
Mi más bella rosa.  
Te ofrendo estas rosas,  
te invito a rondar.

Para ti, mi rosa.  
Mi angélica rosa.  
La estrella más pura  
de mi dulce hogar.

Para ti, mi rosa.  
Mi más feliz rosa.  
Te ofrendo estas rosas  
para que las rondes...

Arrurrú, mi niña.  
Arrorró, mi amor.  
Al aire del patio  
te invito a rondar.

Arrurrú, mi niña.  
Arrorró, mi amor.  
Con la voz de mi agua  
te invito a soñar...

## LOS AMIGOS DE MI PADRE

A mi padre,  
como a todo buen hombre,  
le sobraban los amigos.

En mi casa,  
los domingos  
y en uno que otro feriado,  
desde muy temprano,  
los amigos de mi padre  
se solían reunir,  
para escuchar entre todos  
el canto de los pájaros  
y para regocijarse con mi padre.

Campesinos todos,  
y no sobra decirlo,  
los amigos de mi padre  
eran hombres sencillos  
que dentro y fuera del pueblo  
practicaban la amistad.

Pero mi padre a su hora,  
llegado a su final,  
presa del desarraigo,  
debió morirse.  
Porque mi padre tenía que morirse...

Al rumorarse en el pueblo  
el deceso de mi padre,  
sus más íntimos amigos  
se entristaron con su ausencia.  
Mas, debieron comportarse  
tal como lo quería mi viejo,  
a la altura de mi viejo.

A los amigos de mi padre,  
tras su ausencia, lo repito,  
a todos, sin excepciones,  
se les contristó el alma...

Hoy como ayer,  
y para siempre,  
a los amigos de mi padre  
se les habrá de recordar  
como a los más fieles amigos de mi padre...

## LAS COSAS DE MI PADRE

### I

A la memoria arriban,  
de higos a breva,  
como las golondrinas,  
los sencillos recuerdos de mi padre.

Tan pobre era mi padre  
que, a la hora de su muerte,  
de los bolsillos de su camisa  
de manga larga y cuello duro,  
la última que logró ponerse,  
sólo logró rescatarse:  
Un medallón de plata  
con la imagen de la Virgen,  
herencia de su madre.  
Un portarretratos  
de tamaño minúsculo  
con las fotografías de Uribe y Gaitán.  
Dos tabacos  
redondos y ensortijados,  
excedente de su ración diaria  
que no alcanzaría a fumarse.  
Tres cuchillas de afeitar  
envueltas en papel celofán.  
Diez centavos  
en monedas de a “chivo”  
para enseñárselos a la Luna.  
Y una “oración del gusano”, hecha añicos,  
que mi padre en tono muy grave  
se rehusó entregarme,  
pese a la cordial amistad  
que siempre existió entre nosotros.

En resumidas cuentas,  
esa era toda la fortuna  
que durante muchos años  
mi padre logró acumular  
y que con tanto celo defendió hasta su muerte...

A mi padre

- lo juro -  
nada tendría que reprocharle.

Sólo que hasta su muerte,  
acaecida a sus ochenta abriles,  
que aún no sé cómo logró consumírseles,  
jamás dejó  
de desconfiar de los poetas.

## LAS COSAS DE MI PADRE

### II

Mi padre,  
pese a las estrecheces del medio  
y a lo pobre que éramos,  
en asuntos de comida  
siempre tuvo un gusto especial...

Eran  
durante esas extraordinarias  
y opíparas comilonas  
- lo recuerdo -,  
cuando el perro de mi casa  
parado sobre sus dos patas traseras  
y danzando  
alrededor del fogón de tres piedras,  
daba extraños  
e improvisados aullidos,  
como queriendo hablar.  
Y en que a mis padres  
se les podía ver  
(de espaldas a sus diferencias  
y ante el revoloteo de las gallinas,  
de las palomas caseras  
y el atronador bullicio de nosotros sus hijos),  
muy sonrientes y cordiales.

Del resto,  
a mi padre le complacía,  
además de dejarse acompañar por su tabaco,  
pasárselas de continuo  
bebiendo café negro cerrero  
y brindarle a las visitas.  
Dejarse arrullar  
por el canto de los pájaros  
que deambulaban libremente por mi casa.  
Rememorar,  
teniendo por delante a los amigos,  
los episodios de la guerra de los Mil Días,  
así como las escenas de pavor y muerte  
que se desencadenaron de golpe

con el asesinato en Bogotá  
del caudillo liberal,  
fustigador de las oligarquías, Jorge Eliécer Gaitán

/Ayala.

Ah, y tomarse sus “amelonados” con aquéllos,  
siempre en domingo y en uno que otro feriado...

Mi padre,  
que hoy deambula en los recuerdos,  
en asuntos de comida  
siempre tuvo un gusto especial.



## LAS COSAS DE MI PADRE

### III

Mi padre era,  
si así puede decirse,  
un maniático de la lluvia.

El ver caer la lluvia,  
cómo le emocionaba a mi padre...!

Sin embargo,  
una tarde,  
pese a que había llovido y no escampaba,  
comencé a notarlo muy triste,  
más preocupado e impaciente de lo normal.

Algo grave  
le debería estar sucediendo a mi padre.

A poco,  
sin proponérmelo,  
por el timbre de su angustia  
y por los ojos que le relampagueaban,  
descubrí de pronto  
lo que a mi padre le angustiaba.

Mi padre,  
y no sé cómo eso pudo ocurrir,  
a lo mejor se excedió en su dosis,  
se había quedado sin tabacos.

Y lo mejor del cuento,  
y lo que es aún peor,  
la señora "Candé",  
la que le enrollaba los tabacos,  
la que de tiempo atrás  
se había convertido  
en la base de aprovisionamientos de mi padre,  
indefectiblemente aquella noche  
debería dormir  
del otro lado del arroyo,  
el que por causa de la lluvia

se mantenía borderito.  
Pues, ya era muy tarde  
y aún no acababa de escampar...

Aún no sé  
cómo hube de ingeniármelas  
para poner fuera del ring, aquella tarde,  
las sagradas urgencias de mi padre...!

## LAS COSAS DE MI PADRE

### IV

Con el asesinato de Uribe Uribe  
y más tarde con el de Gaitán,  
o tal vez  
porque mi padre era así  
y no de otra manera;  
a mi padre, lo repito,  
como a cualquier poeta de verdad  
se le disparaba el alma...

Una tarde,  
en medio de una pertinaz llovizna  
en la que octubre no daba muestras de escampar,  
después de un largo viaje  
y con las ropas aún empapadas,  
cabestro en mano  
salió mi padre a pastar el burro.

Llegado a su destino,  
sin preámbulo alguno  
quitó el cabestro al burro,  
desabrochó el candado,  
descorrió el cerrojo  
y abrió la puerta  
que daba al potrero.  
Y muy consciente de sí,  
de lo que estaba haciendo,  
contra la voluntad de la bestia,  
le volteó la cara al burro  
y echó el cabestro a pastar.

Y como si lo anterior fuera poco,  
muy campante  
se volvió a casa con el burro...

A mi madre,  
sin que se lo propusiera,  
pues, a pesar de todo,  
siempre sintió un gran respeto por mi padre;  
a mi madre, repito,  
episodios como éstos,

cuando se sucedían,  
le producían  
un fuerte acceso de risa,  
que a duras penas lograba controlar.

## LAS COSAS DE MI PADRE

### V

Ultimo de la parvada,  
a Humberto, mi tío,  
desde la infancia,  
mi padre le cobró un gran afecto.

Pero como nada dura  
y es trunca la felicidad,  
con el correr del tiempo  
ese afecto de mi padre se volvió negativo...

El vínculo matrimonial  
de mi tío Humberto  
con una importante familia  
que resultó políticamente contraria  
tanto a mi padre  
como al resto de la familia,  
fue la piedra de toque  
para que se ensancharan las distancias.

Además,  
según le oí decir a mi padre,  
desde aquella boda  
mi tío Humberto ya no volvió a ser el mismo.  
Ya no se comportaba  
como el que hasta esa fecha había sido.

Jodido como era,  
mi padre jamás  
logró perdonar a mi tío Humberto;  
quien, entre otras cosas,  
no era,  
ni tenía de donde serlo, una mala persona.

He aquí  
lo que mi padre le espetó a mi tío Humberto,  
unos veinte años después de aquel insuceso,  
a manera de despedida  
y tras el sepelio de la madre de ambos.

Adiós, Humberto, y para siempre...

Pues accediste a cambiar  
por una mujer y cuatro vacas,  
las gloriosas gestas  
de Federico Bobadilla, nuestro padre,  
en La Cansona, en el puerto de Magangué y Corozal...

En efecto,  
el padre de ambos,  
enrolado en las filas  
del ejército del general Uribe Uribe,  
había muerto en combate  
a muy escasos kilómetros  
del fortín oficialista de Corozal,  
a manos de la soldadesca del general Ospina Vásquez,  
en circunstancias que no es del caso relatar.

## LAS COSAS DE MI PADRE

### VI

Durante los comicios  
que dieron el triunfo a Ospina,  
y donde Gaitán y Turbay  
por causa de una división intestina  
salieran derrotados,  
los contrarios al bando de mi padre,  
que en el pueblo eran los menos,  
se decidieron por el fraude.

Como el fraude no les funcionó,  
al saberse vencidos,  
optaron por la violencia.

Al otro día del certamen de marras,  
muy de madrugada,  
cuando mi padre se aprestaba,  
como primera autoridad del poblado,  
a trasladar  
la urna de los votos hacia la Municipalidad,  
en donde se llevaría a cabo  
el recuento final de éstos,  
a la luz de un relámpago  
vio como desde una orilla del camino,  
agazapado en las sombras,  
revólver en mano,  
alguien le estaba acechando.

En aquellos instantes de apremio,  
lo único que se le ocurrió a mi padre  
fue abrazarse a la urna,  
tras poner en alto  
el garabato de guayabo macho  
con que arreaba el burro.  
Y en tono desafiante  
y sin dar mucha tregua,  
encaró así al intruso:

Conque, tú, Elías?  
Pues, debo advertirte,

para que lo sepas de una vez  
y no pierdas el tiempo  
apuntándome con ese revólver:  
Te alzarás con la urna,  
si logras pegarme un tiro...!

Nada sucedió, fue cierto.  
Pero durante un buen tramo,  
justo para soltar riendas  
y apretar el paso,  
mi padre tuvo el palpito de que Elías,  
por las espaldas, le seguía apuntando.



## LAS COSAS DE MI PADRE

### VII

Desde mucho antes que ella optara por hacer un alto en el camino para estirar las piernas y otorgar licencia a las urgencias del cuerpo, en el paraje conocido como “Boquerón de las brujas”, a la altura del arroyo Alférez y a medio trecho entre El Carmen y Bajogrande, mi madre tuvo el presentimiento de que a su marido, que hasta ese momento había marchado tras ella, algo raro le estaba ocurriendo. Pues, desde hacía un buen rato, desde que salieran de la Loma de los Lobos, en El Carmen - él, a pie, luciendo su habitual tabaco; y ella, en un viejo penco prestado a Rafael Rico Caro-, no había vuelto a dirigirle la palabra. A lo mejor, uno de esos grandes y profundos silencios que precedían a las constantes crisis de amnesia de mi padre.

Recuperada ya de las molestias e incomodidades del viaje, y en condiciones nuevamente de volverse a calzar los estribos y de treparse al lomo de su cabalgadura, mi madre llamó, en repetidas ocasiones y de forma insistente, a mi padre. Fico...! Ficoo...! Ficooo...! Nadie le respondía. La soledad era total. A su alrededor, todo era silencio. Mas, no había de qué preocuparse. A mal tiempo, buena cara. Menos mal que la bestia en que viajaba, a más de vieja, era completamente mansa, casi un ángel. Y aunque con una especie de rabia contenida, la verdad es que a mi madre aquello no la tomaba por sorpresa. Sólo que la ausencia total del característico olor del humo del tabaco fumado por mi padre le murmuraba insistentemente al oído, de que era ya mucho el trayecto que la separaba de su olvidadizo consorte.

Al verse literalmente abandonada por su hombre, mi madre no tuvo más otra opción que ajustarse los bombachos, valerse de sus mañas para treparse a la bestia, picar espuelas y proseguir la marcha sola. Poniendo a prueba, eso sí, las escasas virtudes del equino, aunque sin poder darle alcance al fugitivo, en que se había convertido mi padre, por causa de uno de sus frecuentes e imprevisibles dislates.

Sin quitarle una coma, he aquí las palabras proferidas por mi madre al llegar en su apacible penco a casa, en el momento mismo en que mi padre, ya reposado completamente del viaje, se le acercó para ayudarle a desmontarse y, de paso, ofrecerle sus disculpas: Pedazo de loco, ¡carajo! ¡Quién sabe en qué diablos estarías pensando!. Si en las puticas esas de tu harén de locura, si en la potra del rey Salomón o en las almorranas del tan mentado general Rafael Uribe Uribe ese... ¡Carajo...!

## LAS COSAS DE MI PADRE

### VIII

Jamás Zoila Díaz, en sus treinta y cuatro años y dos tercios de estar conviviendo con Pedro del Águila y una runfla de hijos en Bajogrande, había tenido un mejor día como el que le deparara la suerte en esa feliz oportunidad, justo cuando ella había decidido aquella brumosa mañana de abril levantarse un poco más tarde de lo normal. Y lo mejor del cuento es que sin estarlo buscando, sin siquiera haberlo soñado. En abono una vez más, parece, de la veracidad de la sabiduría popular que dice: “No, no hay tu tía, lo que viene liso no trae arrugas”.

Resulta pues que al asumir, como nuevo Alcalde, los destinos del Municipio de El Carmen el desinteresado hombre de bien Horacio Ibáñez Caro, quiso éste, en un desabrochado gesto de desacostumbrada generosidad, congraciarse con su amigo de toda la vida, el dirigente cívico Pedro Pérez Rico, quien vivía en Bajogrande, un pequeño poblado ubicado en las estribaciones de los Montes de María, a unos quince kilómetros montaña adentro de la cabecera municipal.

No había transcurrido siquiera el primer día de la tal posesión, cuando el señor Ibáñez Caro, investido de su autoridad y en cumplimiento de su primer acto administrativo, decidió oficiar, de forma tajante y sin entrar en explicaciones inútiles, tanto al Inspector de Policía de Bajogrande como al Secretario de éste. Los dos debían hacerse presentes, “en el término de la distancia”, en su nuevo despacho de burgomaestre honesto y serio. Palabras más, palabras menos, era todo lo que traducían los mensajes.

La intención de Ibáñez Caro no era otra que la de conocer de primera mano las necesidades más apremiantes en materia de Salud, Educación, Obras Públicas, etc., que aquejaban a los habitantes de esa comunidad, con el sano propósito, a lo mejor, de liderar alguna acción que sacara a aquel humilde villorio de la postración en que se encontraba.

En Bajogrande fungía como Inspector de Policía Federico Bobadilla Herrera, mi padre, a quien todos llamaban cariñosamente “Fico”. Teniendo éste como Secretario a Pedro del Águila. Ambos, aparte de ser buenos amigos y de llevárselas bien en sus cargos, tenían sus viviendas ubicadas la una al lado de la otra, es decir, eran vecinos.

Ante los requerimientos del señor burgomaestre, los convocados acordaron viajar juntos a El Carmen para cumplir con la cita. Entre tanto, ambos lucían muy intrigados, por ignorar aún los verdaderos móviles de tan lacónica orden de comparecencia.

A la mañana siguiente, muy de temprano, cuando mi padre se disponía marchar solo, pues su Secretario lo había hecho dos horas antes, no sin dejarle el recado con su mujer Zoila Díaz de que lo hacía con el solo propósito de poder adelantar algunas diligencias personales, abruptamente fue interceptado por mi madre, quien de forma arrogante y en un tono poco conciliador, a cambio del tradicional “buenos días”, le disparó a quemarropa: ¡O

me dejas para la “liga” de hoy y de mañana, o te comprometes a buscarla tú mismo antes de partir...!

Contrariado mi padre por la inoportuna interrupción y la actitud abiertamente camorrista asumida por mi madre, sin decir esta boca es mía, tiró del cabestro al burro rumbo a casa de Francisco “Pacho” Sierra, quien para esos días era el amo y señor de la “matanza”. De donde salió, poco después, tras el último sorbo de una reconfortante taza de café caliente endulzado con panela que le haría cambiar de semblante, con una “sarapa” que contenía cinco libras de hueso de pecho y cuatro libras de carne de lomo ancho, a más de los sesos de la res que le fueran encimados, como ñapa o adehala, por doña Ángela Terán, la mujer de “Pacho”. Todo aquello, eso sí, como toda “sarapa” que se respete, digna de ese típico nombre en la región de los Montes de María, bien envuelto en unas hojas de bijao y amarrado al través con unos jirones o chiras de cepa de plátano.

Pero con tan mala puntería, como diría jocosa y muy atinadamente un curtido cazador de la aldea al referirse al incidente, que en vez de dejar dicha “sarapa” en su casa, como era de suponer, entró y la dejó en la troja de la cocina de su vecino Pedro del Águila.

Por lo que, en consecuencia, mi abnegada madre, acosada por los largos e imparables bostezos de su tribu en ayunas y aunque ya acostumbrada a los frecuentes despistes de mi padre, no sé cómo hubo de ingeniárselas para contrarrestar o subsanar a medias las perniciosas secuelas de tamaño desatino.